

AMÉRICA LATINA: EL PROYECTO EMANCIPADOR EN LA ERA POSTINDUSTRIAL

MIGUEL BONASSO

A quinientos años de la conquista, en los albores de la era postindustrial, América Latina se enfrenta a una circunstancia única e irrepetible que abre perspectivas tanto para una larga consolidación de la dependencia, como para el inicio de una segunda emancipación

El sistema económico y social que nacía en el Viejo Mundo cuando Cristóbal Colón llegó a estas tierras, está aquejado por problemas graves e inéditos, y busca recomponerse y reconvertirse —en el marco de la revolución científico-técnica— para asegurar otros cien años o más de dominación

Fenómenos nuevos como la automatización, la robotización, la desmaterialización de la producción y la sustitución de las viejas materias primas naturales por productos básicos surgidos del laboratorio, habrán de modificar sustancialmente las relaciones de producción; y por ende, la superestructura ideológica, política y cultural

Es altamente factible que así como la revolución industrial generó cambios políticos de magnitud universal; como el desarrollo de los estados-nación, la revolución postindustrial favorezca el fenómeno contrario la integración de vastos bloques supranacionales (La Comunidad Económica Europea sería un claro indicio precursor de este nuevo tipo de agrupamientos)

Estos momentos-límite del proceso histórico, que se caracterizan por la presencia de fuertes crisis y reacomodamientos del sistema hegemónico, ofrecen dialécticamente, una oportuni-

dad a las sociedades subyugadas de quemar etapas y saltar una barrera secular en pos de un desarrollo autónomo.



Por el contrario, cuando estas grandes oportunidades se dejan pasar (por falta de unidad y de voluntad política) se asegura un nuevo ciclo de dominación y sometimiento

América Latina, hay que decirlo con toda claridad, se acerca a esta coyuntura crítica, en condiciones desfavorables

Bolívar sigue siendo un adelantado incomprendido, y el *divide et Impera* que fracturó la Patria Grande en pequeñas naciones, pequeños objetivos y conflictos mezquinos, continúa impidiendo el desarrollo de una estrategia unitaria a nivel del Subcontinente.

Hay indicadores simples que iluminan toda la escena: el comercio intrarregional de los países latinoamericanos apenas supera el diez por ciento del total de su intercambio. O sea que el noventa por ciento de nuestras transacciones comerciales se realiza con países ajenos a la región

Ésta es la cruda realidad que se contrapone a las afirmaciones retóricas de las clases políticas latinoamericanas, en favor de la unidad y la integración

Los bienes y los capitales que la región produce son imantados fuera de las fronteras que se extienden entre el Río Bravo y la Tierra del Fuego. En sólo cinco años, América Latina "exportó" 150 mil millones de dólares. Una masa de capital directamente proporcional a la plusvalía expropiada a las masas trabajadoras latinoamericanas

Sin duda que estos datos económicos tienen un correlato en el plano de la cultura, de la información y de la comunicación social. Y sin duda, también, que ambos fenómenos se relacionan y explican entre sí

El esquema de la negociación bilateral de la deuda con los centros internacionales del poder financiero, se repite en el plano de la información y la cultura

Cada país latinoamericano se relaciona mucho más con el Norte que con sus propios vecinos

Sólo que en este plano las cosas son aún peores que en el comercio. Porque es un rol pasivo, de receptor. En el que salvo escasísimas excepciones, los países latinoamericanos sólo se limitan a importar. Y ni siquiera a importar cultura, para enriquecerse con genuinas manifestaciones de otras sociedades, sino expresiones bastardas de una subcultura de la violencia, el racismo y la visión policial del mundo

Faulkner, Dos Passos, Thomas Wolfe, son curiosidades para bibliófilos, mientras las librerías son copadas por Harold Robbins y otros fabricantes de *bestsellers* en serie.

Por una película crítica del cine independiente estadounidense debemos digerir cientos de "rambos" y "comandos"

La imbecilidad programada, el modo de vida sofisticado y banal, el estereotipo sexual dolicocefalo y rubio, la obsolescencia planificada y el derroche son los arquetipos continuos de la televisión que llega por satélite, y de la televisión satelizada que se produce en nuestros países, para consumo de unas clases dominantes que siguen al milímetro los dictados de la metrópoli y para confusión y el desconcierto de los que no tienen acceso a los satisfactores básicos

Diariamente se nos ofrece un "deber ser" que niega tácitamente nuestra identidad y oculta nuestras necesidades más perentorias. Terroristas o bohemios, vagos o peones sumisos, sólo accedemos al *ranking* de los que tienen más dinero por el atajo tenebroso de la corrupción política o el narcotráfico

Somos el lado en sombras de lo humano. La libido inquietante que perturba la pretendida pureza del frígido esquema protestante

Es preciso volver a Frantz Fanon, para recordar que la humanidad del colonizado es inevitablemente negada

por el colonizador para que el proceso colonial pueda mantenerse

La identidad entonces, aparece como supuesto básico de todo proyecto emancipador. Porque recuperar nuestra identidad no significa otra cosa que recuperar en plenitud nuestra humanidad devaluada, relegada por un modelo pretendidamente universal que mastica las contradicciones hasta entregarnos una papilla altamente tóxica que trivaliza la tragedia y sublima el cuestionamiento, convirtiéndolo en mero entretenimiento

La cultura latinoamericana necesita por tanto su propio mercado común, su integración que la haga viable y le permita competir con los productos foráneos y dominantes

Y a los verdaderos intelectuales latinoamericanos les cabe una tarea de creación y esclarecimiento verdaderamente ciclópea; porque no sólo deben enfrentar la consabida invasión de los *mass media*, sino también las propuestas "modernizadoras" de una intelectualidad que desertó del campo popular y se ha sumado al esquema hegemónico, aportándole la novedad de un bagaje retórico que comprende a Gramsci, a Frobenius, a Levi Brühl o al propio Lenin. Todos puestos al servicio de un discurso neopositivista que antepone la tecnología a la política, el posibilismo a la voluntad de cambio y la democracia formal a la democracia real

Predicadores del arrepentimiento que nos aconsejan subirnos al furgón de cola de la era tecnocrática, constituyen hoy un peligro más sutil que aquel de los viejos conversos macartistas del pasado, como Eudocio Ravines y los columnistas del quincenario "Visión".

Son el "ala izquierda" de un proyecto pretendidamente "modernizador" que, al basarse en el neoliberalismo económico y apuntalar el modelo neocolonial, es el más viejo de todos los proyectos